

DEL INGENIO.

En vano habriamos pretendido mostrar con doctrinas, exemplos y reflexiones guiadas de la filosofia las demas calidades que constituyen el talento oratorio, si nos olvidasemos de la primária y principal que es el *ingenio*, y la que preside á todas. ¿De que podrian servir los consejos de la sabiduria, los colores de la imaginacion, el calor de los afectos, y las reglas del buen gusto para hablar y escribir con eminencia y aplauso, al que se hallase destituido de esta llama, de esta inspiracion, de este entusiasmo, pues con estas metáforas poéticas se define el ingenio? Este, considerado como una lumbré celeste que esclarece á nuestro entendimiento, se llama tambien *numen* y *genio*, personificando estos nombres en figura de deidad ó angel que nos inspira, á dicho de Ovidio, hablando de los poetas, *est Deus in nobis*, para sobresalir en alguna de las artes de invencion, que por esto las llamamos *artes de ingenio*.

Ingenio significa aquella virtud del ánimo y natural disposicion, nacida con nosotros mismos, y no adquirida por arte ó industria, la qual nos hace hábiles para empresas extraordinarias, y para el descubrimiento de cosas altas y secretas. Por esto llamaron los griegos y latinos ingenio á

la naturaleza de qualquier cosa: y asi tambien toda invencion en las artes arguye ingenio, y el que carece de este don nativo, nunca será sino un imitador mas ó menos perfecto de las operaciones de otro. Y no por otra razon decimos que en tal ó tal hombre hay cantéra, ó que tiene cantéra, tomandola metafóricamente por ingenio ó talento natural que descubre en sus hechos ó escritos, al modo como de aquella se saca la piedra viva para labrar despues los edificios. Por extension se llama *ingenio* toda máquina ó artificio en mecánica, como las catapultas y trabucos en la antigua artilleria, y los molinos de azucar ó trapiches, por suponerse ingenio en su invencion. Y por otra aplicacion análoga damos el nombre de *ingenio* á la industria ó maña de que usa el hombre para conseguir sus fines, por que en estos medios se supone siempre artificio. Por último se llama por sinécdoque *ingenio* al mismo sugeto ingenioso.

Pero, como en la lengua francesa no se distingue particularmente el ingenio del genio, pues no tiene para lo uno y lo otro mas que el nombre *genie*; de aqui habrá provenido que en estos últimos tiempos, á fuerza de tantas traducciones, se haya introducido en los escritos de algunos de nuestros literatos el abuso de llamar constantemente genio á lo que constante-

mente han dicho ingenio nuestros padres y abuelos. En aquella lengua, *genie* se toma por ingenio mas que por genio, porque la dicha voz se aplica al arte y profesion de ingeniero, y al mismo cuerpo de ingenieros llamado *corps du genie*; y quando se nombra en particular á un ingeniero es con el nombre de *ingenieur* y no de *genieur*, como parecia mas regular segun la radical *genie*. Luego, bien podremos decir que el *genio* traducido á la francesa es nuestro *ingenio* verdaderamente castellano.

Entre nosotros, la voz *genio* vale lo mismo que el natural, la inclinacion con que se siente cada uno para el exercicio en alguna ciencia ó arte, asi como en las de invencion se llama *numen*. Este numen que levanta la mente humana á una region superior, y en cierto modo la endiosa, es aquel espíritu agente que mueve el talento inventor, y abre rumbos no conocidos al discurso. Por esto la supersticiosa admiracion en la antigua gentilidad dió los nombres ya de *genio*, ya de *demonio* á esta potencia intelectual con la que se distinguieron algunos varones sábios por su eminente y maravillosa inteligencia. Este numen era el genio de Platon, y el demonio de Sócrates; la ninfa Egéria que guiaba á Numa; y la corzilla blanca con quien consultaba Sertorio. No se pudo entonces retratar con otros emblemas mas significativos la luz misteriosa y oculta de la

filosofia, de la ciencia política, y del arte de la guerra. Tanta fué la veneracion y respeto que se adquirió el saber soberano de ciertos hombres, que la admiracion tuvo que atribuir la fuerza de su ingenio á influxo sobrenatural.

Tambien se toma la voz genio por la misma naturaleza o índole que nos inclina á las obras buenas, o bien á las malas: porque, como se ha dicho, *genius est quod uná gignitur nobiscum*; tales son las personas que llamamos de buena; ó de mala índole. Pero ninguna de estas propiedades, que influyen en la moralidad, pertenecen á lo que entendemos nosotros por ingenio, que es talento superior ó inventivo en las operaciones del discurso, y no del ánimo.

Si alguna vez se ha usado, ó se puede usar, la palabra *genio*, es personificandola, tomada entonces por algun sábio singular que ha hecho época en los adelantamientos de alguna ciencia; pero siempre acompañada de algun epíteto, como de *divino*, *creador*, *inventor*, *soberano*, *original*. Dirémos muy bien en este sentido el genio de Homero, de Platon, de Aristóteles, de Descartes, de Newton; y no, Homero fué un genio, Platon era un genio, &c.; porque ésta acepcion absoluta nada significa en castellano. Y aun es mas impropia, y menos inteligible, si, hablando de las artes amenas, dixésemos, como

traducido á la francesa: *el genio en un poeta ú orador puede ser superior á su gusto. En la eloqüencia puede mas el genio que el arte.—El genio daña á los sentimientos del orador.—Hay escritores de mucho gusto para juzgar, y de poco genio para componer.—Al que profesa muchas artes le llaman genio universal, &c.* Tales son los exemplos que se pueden citar, dexando otros muchísimos vaciados en esta misma turquesa, pues son ya sobrados para el desengaño: y tales los que se leen en la pésima traduccion castellana de las lecciones de Hugo Blair.

El nombre *ingenio* en su comun significacion se extiende mas allá de los términos de las artes amenas, y de imaginacion, pues se aplica igualmente al talento sobresaliente en las matemáticas que en la poesía, en la táctica que en la eloqüencia, en la política que en la pintura, en la astronomía que en la música, y en la física que en la mecánica. Con el arte y el estudio se puede aumentar este talento, mas no adquirir.

No llamamos hombre de ingenio al hombre de exquisito gusto o de feliz imaginacion, si no engendra, produce o crea por si, que es decir, si no trabaja de su propia invencion, que decimos tambien de *propio marte* en señal de suponerse en el ingenio algo de divino. Lo nuevo y lo singular en los pensamientos no basta

para dar el nombre de ingenio al orador; es menester que sus ideas sean grandes o sumamente importantes á los hombres. Y en este punto se diferencian las obras de ingenio de las originales; porque éstas solo tienen el carácter de la singularidad, y no el de la invencion: la qual no debe entenderse solo en la traza y composicion, sino tambien en la expresion, y estilo. Los principios del arte de bien decir son todavia tan oscuros, tan vários é imperfectos, que el que no es realmente inventor en este género, jamas alcanzará el título de grande ingenio. No basta un fino gusto, una delicada crítica, ni conocer lo imperfecto, lo sublime, si no produce nuevas perfecciones, ó las presenta con novedad, que no es pequeña gracia y virtud. Con el gusto se juzga; y solo con el ingenio se executa. Este ha precedido siempre á toda delicadeza y primor, como sucedió en la infancia de la poesía y de la eloqüencia, y otras artes, en que las ideas mas sublimes, y las expresiones mas vehementes andaban vestidas en trage tosco y plebeyo. A los primeros héroes pinta la antigüedad desnudos, para representar el vigor y esfuerzo de su naturaleza; y si vistió alguna vez parte de sus miembros, era con silvestres despojos de sus propias hazañas, como insignias de trofeo, y no como adorno y compostura.

El ingenio del orador sujeta al imperio de su

palabra todo lo criado: pinta á la naturaleza toda con imágenes; enciende ó apaga las pasiones; y hace hablar al silencio mismo. Lo hermoso toma baxo de su pluma nueva hermosura, lo tierno nueva suavidad, lo enérgico nuevo vigor, lo terrible nueva sublimidad. En fin el ingenio del orador arde sin consumirse.

En vano preguntaria que es ingenio el que no tuviere de él alguna semilla en su ánimo. El que queda tibio y tranquilo leyendo las peroraciones de Ciceron por Plancio, por Sextio, por Fonteyo, y recibe como cosa sonora y agradada los lugares patéticos del francés Masillon, y del español P. Granada, que debian enternecerle y arrobarle; ¿qué idea puede tener de este don sublime que la especulacion de las definiciones no puede explicar á quien no puede sentirlo? Las maravillas de los afectos de aquellos grandes maestros nada dicen al que no puede imitarlos. Y como el que no puede imitarlos, no tiene en su ánimo centella alguna de esta llama divina; en vano espere producir cosa alguna excelente, ni como poeta, ni como orador. Las reglas del arte son inútiles, y los dechados tambien, al escritor que carece de ingenio: pues no puede crear, ni tampoco imitar, porque quien no siente lo que el maestro siente en tal pasage ó situacion, ¿como sabrá jamas ponerse en aquel caso? Copie, ó robe, en-

tonces, los pensamientos agenos; y véndanos despues, como el mercader, el trabajo de otras manos.

Algunos han creido que lo que llamamos ingenio consistia en la extension de la memoria: errado concepto de entendimientos vulgares, que hallandose con el cerebro amueblado, digamoslo asi, de pensamientos y frases prestadas, han creido igualar á los originales, á los escritores que escriben de propio numen, como si dixeramos, que trabajan con materiales de su propia mina. El hombre docto, que cuenta solo con su memoria, viene á ser el obrero inferior que vá á las canteras á escoger el marmol; y el hombre de ingenio es el escultor que hace respirar la piedra baxo la forma de la *Venus de Gnido*, ó del *gladiador romano*. El ingenio, sí, que puede suplir á la memoria; pero jamas ésta al ingenio. Cervantes produjo su *D. Quixote*, sin haber historia verdadera de tal héroe, ni de sus hechos; y Cornelio á Lápide con toda su maravillosa erudicion no hubiera hecho una página de la quaresma de Masillon, ni de las oraciones fúnebres de Bossuet.

El ingenio, hemos de confesarlo, tiene tambien sus extravios; y suele perderse remontandose en alas de una impetuosa imaginacion. Aqui entra á exercer su oficio un severo gusto, y una sábia moderacion, que se forma con el

estudio crítico de los maestros del arte; pero siempre con aquel temperamento de no obedecer ciega y servilmente al exemplo de aquellos ánimos flemáticos é insensibles que parece que quisieran arrancar á la eloqüencia sus rayos. Todo lo que está lleno de verdad y razon puede respirar alguna vehemencia; pero huyendo la ridiculéz y fantasía del declamador que, esgrimiendo con palabras huecas, se enardece puerilmente representando con ánimo frio lo patético.

La eloqüencia escrita, por estar desacompañada de accion, no necesita menos de la mocion, que la pronunciada. Las Verrinas, y la segunda Filípica de Ciceron fueron compuestas solo para la lectura, y sin embargo, son acaso lo mas vigoroso y penetrante que tiene la eloqüencia. El orador algunas veces ha de hacer hablar la pasion, y en este caso no debe seguir los pasos lentos y acompasados del disertador. La verdad misma, realzada con la novedad de la expresion, y el calor del estilo, dá mas valor á la justicia de la causa, y gana los votos todos del auditorio.

Digámos en suma: que el orador, ó escritor, dotado de ingenio, quando trata de obgetos que tocan vivamente su corazon, ha de comunicar de necesidad á su estilo los movimientos de su ánimo. Por esto vemos que ordinariamente

los escritores de ingenio pintan su caracter en sus escritos, y solo de ellos se dice que tienen su estilo propio, aunque otros les excedan tal vez en mas hermosa y espléndida elocucion.